RELATO ALHAMEÑO QUE REPRESENTA A LA PROVINCIA DE GRANADA EN LAS FINALES NACIONALES DE POESIA Y LITERATURA.

EL TIO KARITONES

Relato original de ANDRES GARCIA MALDONADO

A Francisco del Molino

Acabaría de cumplir los siete años cuando de la mano de mi padre comenzaba a ir a la escuela, allá, en la ciudad de Alhama. Pueblo colocado encima de un extraordinario mirador formado por los caprichos de la Naturaleza Madre. Tenía por aquella época bastantes amigos con los cuales consumía la mayor parte de las horas libres. Jugábamos y jugábamos sin descanso, correteando y saltando por todas las partes de aquel antiquísimo pueblo anclado, como por arte de magia, al borde de unos vertiginosos tajos.

Una tarde, estando en compañía de mis amigos de aquellos incomparables años, en un paseo de aquel lugar, sin esperarlo, éstos, como empujados por una fuerza invisible, salieron corriendo al grito de uno de ellos, que exclamaba angustioso: ¡Corramos que viene el Tío Karitones...!. Aunque yo, realmente, no sabía quién era aquella criatura de Dios y el por qué huir de mis compañeros, salí corriendo también precipitadamente detrás de mis amigos, lanzado por ese desconocido miedo que algunas veces invade al espíritu infantil.

Cuando todos, más o menos agitados, por el esfuerzo que acabábamos de realizar, dejamos de correr pregunté a mis compañeros la causa de aquella huída llena de espanto en todos. Uno de ellos me contestó formulándome una pregunta:

—¿Es que no has oído hablar del Tío Karitones? —me interrogó sorprendido—.

—¡No! —fue mi respuesta—.

—Pues el tío ese —continuó hablando mi amigo— es muy malo, a los niños se los lleva a una casa que tiene en las Calles Bajas, haciendo que ya no aparezcan más...

—Prudencio me ha dicho que los mata casi a todos. A los que no los acuchilla los mete en una bodega muy oscura y los deja allí hasta que se mueran de hambre... —afirmó otro silenciosamente—.

En aquellos instantes quién era ese tal Prudencio me importó poco, lo que sí se me quedó grabado fue el resto de la declaración. Muchas cosas más, macabras todas ellas, me narraron mis amigos. Palabras que me obligaron a retirarme a mi casa antes de que anocheciese, ya que un gran miedo invadía mi ser. Mucho sorprendió a mi madre el que llegase tan pronto, estaba acostumbrada a no verme por los pasillos de casa hasta bien entrada la oscuridad mortecina de la noche. Los relatos y la figura del Tío Karitones no se apartaron de mí hasta que el sueño los estranguló.

Caminarían por los relojes las nueve y media de la mañana, cuando la mano suave y delicada de mi madre, una vez más, me despertaba y después de asearme me acababa de vestir. Desde que las palabras de mi madre hicieron que viniese nueva luz, no cesé de pensar en lo ocurrido y escuchado el día anterior referente a aquel hombre que se presentaba ante mi imaginación como un verdadero monstruo. Después de desayunar tomé el camino de la escuela sin compañía, a pesar de la insistencia que hice sobre mi padre para que me llevase. La escuela estaría a medio kilómetro de la Administración de Correos, local donde yo vivía por aquellos años. Con la cartera en la mano y el cuerpo cargado de miedo iba caminando lentamente hacia el centro escolar. Iría por la mitad de camino cuando, en el espléndido paseo lleno de flores y árboles, ví, allá, en el fondo del paseo al que mis compañeros denominaban Tío Karitones. Asustado, nervioso y veloz, igual que un conejillo que huye de su mortal enemigo, me encajé en la escuela.